

Humanamente considerado, era una situación insostenible. Pero aquí es donde debo ser sincera conmigo misma para alcanzar a comprender el valor justificador que tuvieron para mí aquellas benditas aunque inexplicables actitudes. Resultó que, sin que me hubiera dado cuenta, yo tenía un frequito - o un muchito, no sé - de vanagloria, estaba un frequito pagado de mí. Vamos, que me creía ser yo alguna parte en aquella obra que el Señor puso en mis manos. Y el Señor ¡ bendito sea!, de un golpe me hizo ver la realidad: Tú yo no era lo que creía, sino que era como me veían y decían los otros, aunque fuese en otras cosas. Y resultó que entonces, no solo me despreciaban los demás, sino que me desprecié yo a mí misma. A la distancia de tantos años, ¡ qué bien lo veo!, conocí, al fin, mi verdadero papel en esta obra: el de simple, débil y miserable instrumento. Como el pincel en manos del artista, pero yo no un pincel uncio y encima, rebelde. ¿Tú me habías oído yo? Encima todos seían. Haciendo al pincel, burla, miseria, infidelidad, rebeldía. Haciendo a Dios, envidia y burlación. ¡ Benditas críticas!

¡Benditos mis enemigos, que luego casi todos fueron amigos!, ¿cuanto bien me hicieron?

Mi soberbia personal siguió, y sigue, adelante, pero referente a la Obra, suplico para siempre, gracias a nuestro Señor y a la Santísima Virgen, que no tenía en ella la menor parte; al contrario, el daño que le he hecho con mis omisiones e infidelidades. Que la Santísima y Preciosísima Trinidad, a quien tanto venero y amo, me perdone y tenga misericordia de mí, según Su Gran Misericordia.

A partir de la primera anciana - el 25 de noviembre de 1950 - ya siguieron ingresando más. Todas, salvo rara excepción, sucias, todas con miseria, aunque ninguna como la primera; y todas ¡probecitas mías! con muchísimo hambre. Y sin pensiones de ninguna clase. Pero que solo las tenían de la Compañía de Ríotinto, por sus mercedes, una pensioncilla de 13, 15 y 20 pesos mensuales. ¿Qué nos iban a entregar de eso? Es decir, que nosotras teníamos que atenderlas absolutamente en todo y de todo. ¿Cómo podíamos? Conociendo al Señor, no cabe ni frecuencia. Podíamos mu-